van adquiriendo una opacidad de vidrio empañado que me hace temblar porque pienso que su vida se acaba lentamente.

Habla el doctor de una vieja y fatal enfermedad, de herencias y atavismos que su ciencia no puede combatir, y receta cosas muy raras.... muy raras!

Adios, querida Adela, no te escribo más porque el llanto me lo impide....

No me hables de Pablo, ni á él le mientes mi nombre.... perdóname tú, y quiéreme mucho, porque ahora más que nunca me hace falta tu cariño.... creo que si ese afecto, donde quiero refugiarme, me fuese infiel.... moriría!

Carlota.

La Muerta.

A Bernardo Couto Castillo.

El hijo del sepulturero había vegetado siempre entre fosas y ataúdes.

Cuando niño, acostumbraba jugar con los cráneos de los muertos que desenterraban las hienas, y eran después devorados por los canes hambrientos y los pájaros de rapiña.

Nunca había oído más música que el susurrar de las cordilleras, el bramido de las olas que rompían sus flancos en las rocas del litoral, el grito de los buhos que en las noches de invierno bordoneaban fúnebres melopeas en las huesas de los pescadores á quienes el mar no había engullido, y el gemir de los cipreses cuyos troncos crujían al erguirse, resistiendo el empuje del aire que continuamente embestía el árido montículo donde estaba ubicado el camposanto.

Santiago había llegado á la edad en que el muchacho se va á convertir en hombre.

El vástago del camposantero, el amiguito de la muerte, se hacía grande, crecía malvado y cruel como un cuervecillo, crecía dañino y fiero como un buitre empollado en una nidada de víboras.....

Era vigoroso y fuerte como un atrida.

Debido á que su cultura moral y su educación intelectual eran completamente nulas, sus instintos, entorpecidos hasta el embrutecimiento, lo hacían digno de habitar entre trogloditas.

Nadaba como un tritón y se batía con los cetáceos, reñía con los lobos, robaba á las águilas sus nidos y trepaba á los más ásperos pedregales como si fuese un cabro montaraz.....

Todos aquellos que han tenido que ver mucho con las cosas serias acaban por perderles el respeto casi supersticioso que inspiran á los demás.

El sepulturero, habituado á la horrible faena de enterrar, llega á ser indiferente á las lamentaciones de los huérfanos y á las lágrimas de las viudas.

Aquella tarde no había cesado de llover.....

El cielo arrojaba á la tierra lloviznas velludas que barrían el polvo y las hojas otoñales, dejando limpias y abrillantadas las lápidas de los sepulcros.

La reja del panteón gimió en sus goznes, y una doliente caravana franqueó el vestíbulo que conducía á la ciudad muerta.

Cuatro hombres llevaban en hombros un lujoso féretro.

Precedía á la comitiva un joven cuya inquietud denunciaba extraordinaria irritación nerviosa.

Cumplidos los trámites del caso, fué conducido el ataúd á un lugar muy apartado de la necrópolis.

Santiago y su padre comenzaron á cavar la fosa.

Los que habían llevado el cajón observaban silenciosos é indiferentes el rudo trabajo de los enterradores, y los demás individuos de la comitiva, doblegadas las testas, baja la vista y tardos los movimientos, parecían espectros galvanizados por arte de magia.

Cuando, jadeantes, los enterradores terminaron su obra de excavación, aproximáronse á la caja para levantarla, sin respeto alguno y con el exclusivo ánimo de abreviar ceremonias.

Entonces, el joven inquieto, el que había precedido á la doliente tropa, se adelantó hacia ellos, impidiendo con un ademán la maniobra.

—Un momento.... quiero verla....!

Y su pañuelo, un lienzo al que podrían exprimirse las lágrimas, obediente al movimiento de la mano, fué á cubrir sus ojos para humedecerse más.

Santiago, clavando la gastada hoja de la aza-

da en el montón de tierra que había extraído del suelo, contemplaba impasible á los circunstantes.

De improviso, separóse el desconocido de los brazos que le estrechaban y ordenó con el imperio del que á mandar está habituado:

—Abrid pronto.... yo lo quiero!

Un viejo, un viejecillo de cerúleas gafas y dientes orificados, desabrochó parsimoniosamente su redingote y extrajo luego del bolsillo del chaleco de terciopelo una llave pequeñita, la cual, encorvándose, introdujo en la cerradura á que pertenecía.

Cualquiera levantó lentamente la tapa del cajón.

Un muerto provoca curiosidades siniestras; una muerta, centuplica esas mismas curiosidades, aumentándolas con los malos pensamientos que zumban siempre en torno de las perversidades que brotan de lo que puede ocultar alguna profanación.

La luz huraña del satélite alumbró fantásticamente el cuerpo de la difunta, un cuerpo joven y de técnica esculturación, un cuerpo nítido como el pecho del cisne de Leda, un cuerpo frío, un cuerpo que al ser contemplado hacía encabritarse á todas las concupiscencias, y al ser tocado las helaba todas....

Santiago tuvo la revelación de sus virilidades, adquirió la conciencia del vigor genésico, su juventud exhaló en ese terrible momento un grito de alarma, grito que sensibilizó sus nervios hasta dejarlos como el cordaje de un violín, grito que le produjo algo semejante á una apocalipsis espiritual, grito que increpó severamente á su virginidad tardía, levantando, como roja llamarada, la eclosión de sus sentidos.

Sus ojos vislumbraron, momentáneamente, las más épicas teorías de la lujuria, de esa lujuria cruda é insana que desde aquel día le iba á obsesionar, agitando sus alas de cantárida....

El verbo de su ideal, de ese ensueño presentido torpemente, se había hecho carne al fin, pero carne de la sepultura, carne corrompida, carne hecha para hartar á los gusanos.... para abonar el humus!

El más anciano de los dolientes, el viejecillo de gafas azules y dientes orificados, dirigióse al padre de Santiago:

—Cuándo acabas.... imbécil!

Las selváticas pupilas del enterrador chispearon. Propinó á su hijo unas cuantas patadas, y con ágil mano se sirvió del azadón para echar paladas sobre el fastuoso féretro.

La tierra caía acompasadamente, produciendo un ruido seco y fastidioso.

La noche se hizo. Los cuerpos humanos se convertían en bultos informes, los pinos metamorfoseábanse en espectros, los rumores nocturnos se

volvían quejidos, las cruces abrían sus brazos desesperadamente, y los mármoles de las sepulturas imitaban muy bien los lechos de un hospital.

Cuando el cortejo se hubo marchado, el viejo sepulturero, rascándose la cerdosa barba, dijo á su hijo con chillona vocecilla:

—Más tarde vendremos.

—Sí.

—Viste esos diamantes....?

La vía láctea se tendió en el vientre del cielo como una franja de inconsútil niebla: Marte brilló lo mismo que un pequeñito rubí; Aldebarán y Venus se cambiaron miradas de amor; Sirio clavó su penetrante pupila en la negrura intensa del espacio, y Capella, igual á un diamante azul, fulguró trémulamente.

Los dos hombres caminaban rumbo á la reciente huesa. Creeríaseles dos espectros, dos sombras de sombras, dos larvas.... avanzaban con paso de ladrones, alerta la oreja, visionarios los ojos, palpitante el corazón, cauteloso el movimiento de las piernas, y las manos extendidas, como si pugnasen por tentar el viento.

Llegaron sin contratiempo. Cuando el cajón estuvo en la maleza y con un escoplo rompió el avaro la artística tapa, en el instante en que la muerta apareció con siniestra majestad á la vista de los profanadores, Santiago tomó con las suyas una de sus manos, llevándola con religiosa unción á los resecos labios.

Entretanto, el otro se adjudicaba las alhajas, y no sintiendo, á pesar de ese hurto, saciada su codicia, la desnudaba, llevándose también las vestiduras.

—Yo me escapo, échala tú al hoyo.... y lo tapas bien.

El muchacho se encontró ante esa desnudez formidable.

Era admirablemente hermosa la mujer: su carne tenía turgencias eximias, en el grano de su piel, de blancura gélida y viscosa ya, había suavidades de raso, sus cabellos rubios y desordenados se bifurcaron en mechones que imitaban lingotes de oro.

Un buho que instalado entre las ramas de un ciprés, contemplaba el crimen con sus ojos ávidos, protestó chillando, como si le estrangulasen; pero Santiago ya no oía, había levantado el inerte cuerpo para colocarlo sobre el ónix de una tumba, y después, allí en ese tálamo negro y horrendo, lo violaba!

Fenecido el espasmo, se incorporó el miserable, contemplando arrobado á su insensible víctima....

En ese momento, un hombre saltaba sobre las tapias del panteón, y al llegar á la fosa de nue-

vo abierta, se encontraba cara á cara con el matoide.

Era el joven misterioso, el que había mandado abrir el féretro.

Una mirada le bastó para adivinar lo sucedido en aquel lugar.

Instintivamente comprendió Santiago su obligación.

Después de introducir la diestra en sus andrajos, la sacó armada de un puñal, y con un ademán retó á su enemigo.....

Los dos pelearon con bravura.....

Asegurado el enterrador de haber quitado la vida á su rival, arrastró sus despojos mortales hasta el agujero vacio, y echó tierra: después, llevando á cuestas á la mujer, se alejó lentamente de allí: eso fué todo.

Dos Pasiones Trágicas.

A Amado Nervo.

Pedísteis, queridos amigos, una novelilla objetiva y enteramente impersonal, de aquellas en que el autor no encaja el escalpelo del análisis en su propio corazón, que son por los demás vívidas, y el observador las copia para disipar el hastío de unos cuantos fastidiados cual vosotros.

Yo traigo algo mejor que la historieta; traigo un caso de amores, una aventura juvenil que naufragó en humeante coágulo de sangre, la novela de cuatro seres que teniendo derecho á esperar la dicha fueron terriblemente desgraciados.

En el drama que á su pesar representaron mis personajes, flota el mal sobre la atmósfera de sus pasiones combustionadas, sobrenada sobre los sedimentos de la inmoralidad, aletea como pájaro siniestro, exhalando ríspidos graznidos, y devora las entrañas de sus inconscientes víctimas, gangrenándolas con los venenos del odio.